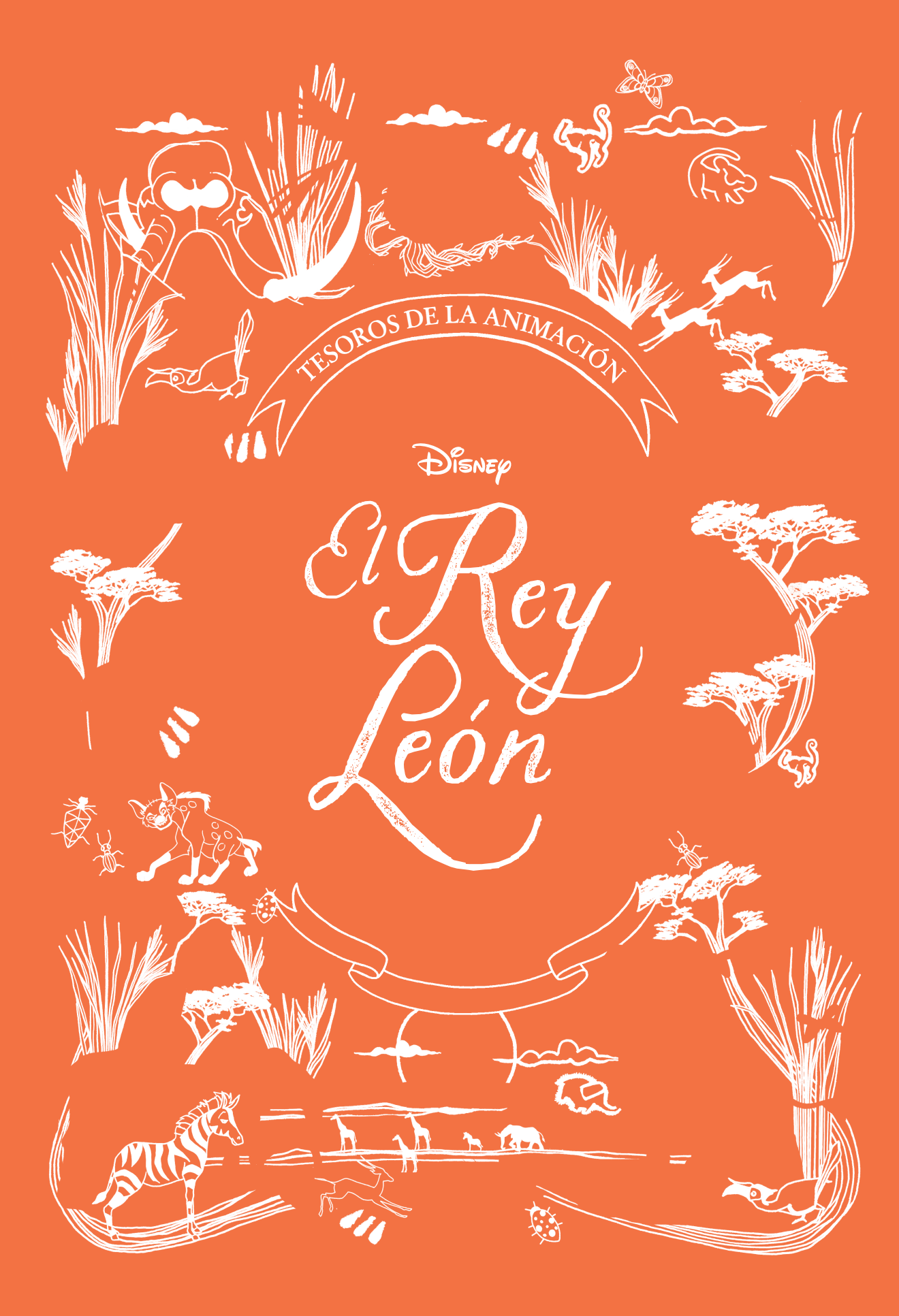

TESOROS DE LA ANIMACIÓN
Disney
El Rey León

Tesoros de la animación

Disney

El Rey León

Pasé horas y horas examinando el libro *The Art of The Lion King*. Estudié los diferentes estilos artísticos hasta que fui capaz de nombrar cada artista con solo mirar un dibujo. Ver los nombres de mujeres animadoras, como Lorna Cook y Brenda Chapman, era sin duda algo importante, pero no tenía ni idea de cuán significativo llegaba a ser en la época.

El hecho de estar trabajando en lo que soñaba desde los nueve años es algo extraño pero a la vez bonito. He tenido el placer de conocer y colaborar con algunos de los artistas cuyos nombres memoricé gracias a ese libro. La forma de hacer películas ha ido cambiando, pero su esencia, el arte y la narrativa —todo lo que convirtió *El Rey León* en la obra maestra que es— siguen estando presentes con creces. Espero que todos los que leáis este libro encontréis vuestro «Rey León» y os inspiréis para aventuraros a hacer cosas maravillosas.

Lissa Treiman

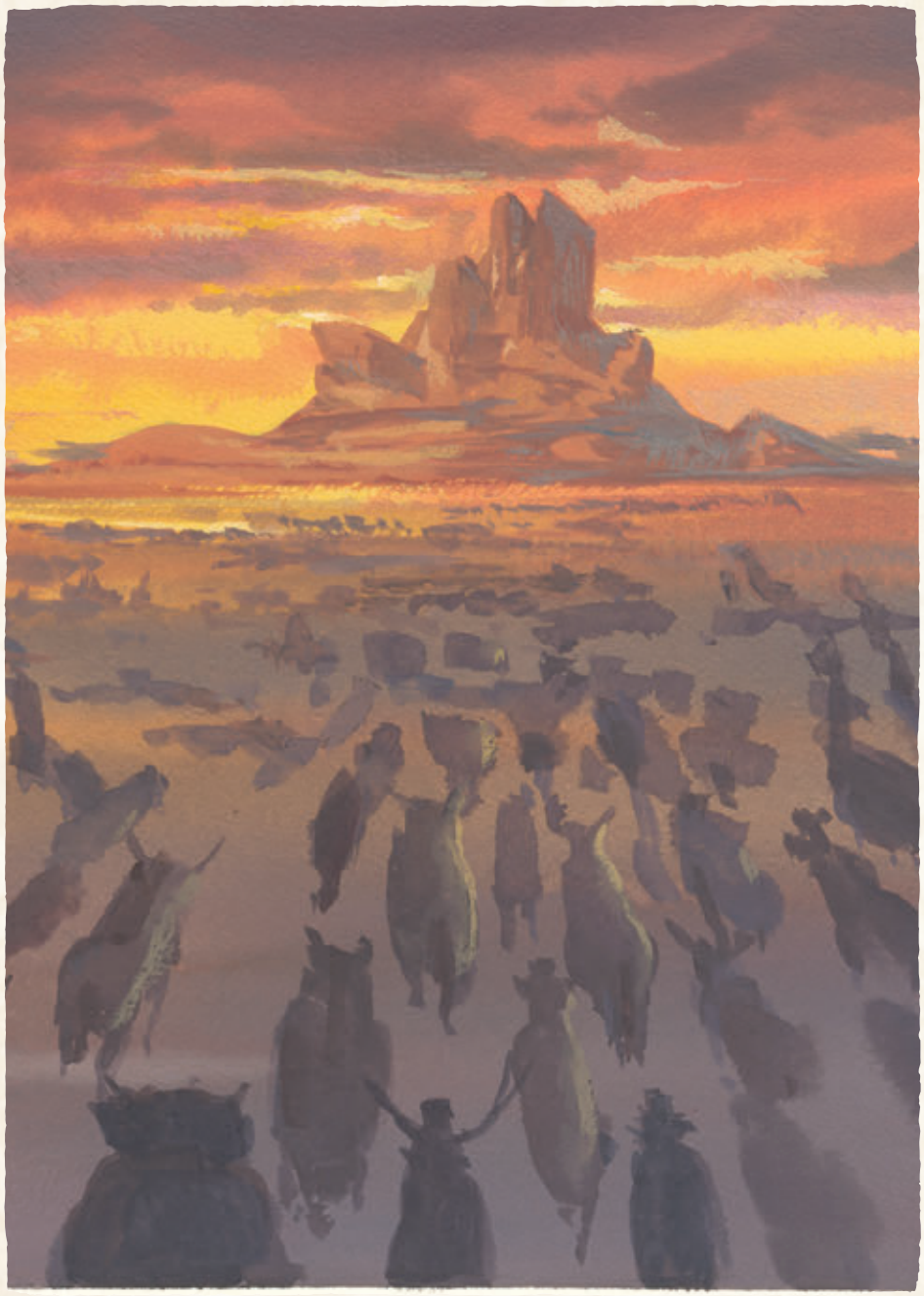
Walt Disney Animation Studios

El Rey León llegó a las salas de cine en junio de 1994. Yo tenía ocho años y ya me encantaba dibujar. En gran parte me inspiraba en las películas animadas de Disney.

Pero aquel largometraje tenía algo diferente. Antes de su estreno, vi el tráiler en el cine, y me quedó grabado en la memoria durante mucho mucho tiempo.

No sé decir una sola razón por la que *El Rey León* me llegó a influir de tal manera. A lo mejor fue la música, o la riqueza visual, o el hecho de que me transportara a un lugar al que ningún otro cuento me había llevado. Las emociones que suscita la película, las decisiones que toman los personajes y el viaje que emprenden tocaron algo muy profundo en todos nosotros. Estoy segura de que los animales parlantes fueron un gran reclamo publicitario en el que yo también caí. Aunque supongo que la reflexión aún no se había formado con claridad en mi cabeza, recuerdo que pensé: «Yo quiero hacer algo así».

Ese pensamiento no tardó en cristalizar. Cuando tenía nueve años, vi un programa especial de televisión del tipo «detrás de las escenas» sobre la animación en bocetos. Al ver a un animador haciendo pasar hojas de papel a toda velocidad, hice el clic y pensé: «¡Oh! ¡Se pueden hacer películas con dibujos!». Entonces supe que quería dedicarme a la animación.



El sol iluminó la sabana, enorme y amarillo en el vasto cielo.

Todos los animales del reino levantaron la cabeza hacia el astro y entonces, como si fueran uno solo, echaron a correr por las llanuras. Los impalas saltaron, las cebras galoparon y los elefantes anduvieron bamboleándose. Grandes y pequeños, todos nadaron, volaron y avanzaron hacia la Roca de la Manada, donde Mufasa, su rey, esperaba orgulloso.

La multitud de animales se dividió para dejar pasar a Rafiki, el amigo y consejero de la familia real. Este subió a la Roca de la Manada, llegó al lado de Mufasa y lo abrazó.

Mufasa sonrió y se acercó a su compañera, Sarabi, que acogía entre sus patas a su pequeño cachorro.

Rafiki untó la frente de la cría con jugo rojo y le esparció unos polvos. Luego la cogió, se acercó al borde de la Roca de la Manada y la levantó por encima de su cabeza para que todos la vieran: era Simba, el nuevo príncipe y futuro rey.

Al otro lado de las llanuras, Scar, el hermano de Mufasa, atrapó a un indefenso ratón con su pata.

—La vida no es justa, ¿verdad? Fíjate, yo nunca llegaré a ser rey. Y tú... nunca verás la luz de un nuevo día —dijo mientras se acercaba el ratón a la boca.

—¿Nunca te dijo tu madre que no debías jugar con la comida? —lo interrumpió Zazú, el consejero del rey.

—¿Qué quieres? —le preguntó Scar.

—Vengo a comunicarte que el rey Mufasa viene hacia aquí —le explicó Zazú—. Espero que tengas una buena excusa por no haber asistido a la ceremonia.

—Oooh, tiemblo de miedo —dijo Scar, sarcástico. Se abalanzó sobre Zazú y lo atrapó con la boca.

—¡Scar! —gritó Mufasa desde la entrada de la guarida—. Suéltalo.

—Siempre tan oportuno, Majestad —dijo Zazú.

Mufasa se acercó a Scar.

—Sarabi y yo no te hemos visto en la presentación de Simba.

Zazú volvió a intervenir:

—Como hermano del rey, tu deber era estar en primera fila.

—Bueno, yo estuve en primera fila, hasta que nació esa bola de pelo —contestó Scar.

—Esa bola de pelo es mi hijo y tu futuro rey —dijo Mufasa.

—Vaya, tendré que ensayar mis reverencias —dijo Scar mientras se daba la vuelta.

—A mí no me des la espalda, Scar.

—Oh, no, Mufasa. Eres tú el que no debes dármela a mí —le susurró Scar.

—¿Me estás retando? —rugió Mufasa.

—Jamás se me ocurriría. En lo referente a inteligencia, me ha tocado la parte del león, pero en cuanto a fuerza bruta... me temo que en la herencia genética he salido perdiendo.

Y después de decir eso, se marchó.

Esa noche, mientras llovía y los relámpagos agrietaban el cielo, Rafiki se refugió debajo de las ramas de un árbol. En la corteza del tronco, dibujó a un cachorro de león.

—Simba —dijo esbozando una sonrisa.